

EL QUIJOTE que necesitamos

Por FRANCISCO ALMAGRO DOMÍNGUEZ

Se dan los últimos toques en academias, universidades y bibliotecas de España y América Latina para celebrar la publicación, en 1605, de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*.

Los estudiosos de esta novela, considerada la mejor escrita de todos los tiempos y en todos los idiomas, tratarán de hallar nuevas aristas a una obra que parece inabarcable.

El texto parece pozo que no se seca; en casi 400 años no han dejado de beber -y sobre todo de comer- en él novelistas, filólogos, ensayistas, psicólogos y políticos, para no hablar de plagios y copistas, el primero de ellos en época tan temprana como 1614 -antes de que apareciera la segunda parte-, con el seudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda.

Una de las virtudes de toda obra grande, como esta, es la infinidad de lecturas, todas fácilmente acomodables, a los discursos del arte o de la política, de la filosofía o de la psicología. Freud se empeñó en aprender español sólo para leerla en su idioma original; para Borges, Carpentier, Paz, Galdós y Joyce era fácil reconocer huellas cervantinas en casi toda la literatura universal; Unamuno, con *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), ensayará sobre la idiosincrasia peninsular; Ortega y Gasset en *Las meditaciones del Quijote* (1914), aprovechará la novela como metáfora filosófica.

Alonso Quijano, el protagonista cervantino, es poseedor de una cualidad humana a la que se le permite cualquier licencia: la locura. No sabemos a ciencia cierta cuándo Don Quijote está más o menos loco; es, sin duda, una brillante anuencia de Cervantes para explicar -hace ya cuatro siglos- que la valentía y la ética resultan tan escasas, tan raras, que podrían pasar por delirios; sólo la locura haría potable a un Don Quijote que, a costa de su propia vida, guarda la pureza de sus ideales, protege al pobre y defiende el honor de una dama.

La valentía no es sólo fortaleza física o intelectual, sino el temple afectivo necesario para entrar en espacios oscuros, misteriosos, ambiguos, y sortear toda clase de peligros. Para salir del otro lado, ileso, a esa fortaleza física, intelectual y emocional habría que añadir la prudencia, una forma de sabiduría práctica que consiste en saber decidir el momento y el lugar preciso para la acción.

Nos escribía Cervantes: “La valentía es una virtud que está puesta entre dos extremos viciosos, como son la cobardía y la temeridad...”

Porque has de saber que la valentía que no se funda sobre la base de la prudencia se llama temeridad”. A esos extremos, cobardía y temeridad, valdría la pena dedicarle unas líneas. La cobardía, antónimo de la valentía, no puede ser juzgada por un hecho puntual. Ni siquiera por una cadena de acciones donde el miedo es el detonante. No es lo mismo tener miedo, o haber errado por temor, que mantener ante la vida una actitud cobarde. Un cobarde es un ser humano inseguro de sí mismo, que irradia hacia los demás, hacia las cosas y hacia el futuro una gran incertidumbre. La cobardía es una lente de poco aumento



Así parece decirnos
Cervantes, por boca del Quijote
desde hace cuatro siglos:
No hay valentía sin una entrega
por amor; no hay verdadero
heroísmo sin una
fe que lo respalde

para ver las cosas: está colocada siempre en lo inmediato y lo ganancial.

La cobardía es un rasgo tan difícil de llevar en este peregrinaje terreno, que se asumen dos máscaras para disimularla: la del déspota y la del temerario -caretas intercambiables y a veces complementarias-. No habría más que hurgar en el pasado de un hombre que suele golpear a su esposa, a sus hijos, o la vida del tirano que reprime la voluntad de su pueblo, para descubrir la inseguridad, la suspicacia y la asustadiza manera en que creció y vive. Bajo el ropaje de la fuerza, el abusador esconde un terrible miedo de tener que enfrentarse algún día con él mismo y con los demás.

De igual modo, el que busca todo tipo de peligros y se expone a ellos sin razón, como retándose, no es nada valiente y sí cobarde. Calderón decía: “El valor es hijo de la prudencia, no de la temeridad”. Tal vez lo haya tenido muy claro el gran bardo y dramaturgo madrileño, militar e impulsivo de joven, cuya vida sacerdotal posterior le permitió aquilatar reposadamente la conducta de los hombres imprudentes.

Con frecuencia, las guerras nos entregan ese tipo de mártires a los cuales, para no ofender su memoria, se les sustrae la parte de temeridad que les costó la vida. Sucede también que tales hombres, si son jefes, con frecuencia arriesgan la vida ajena sin pedir permiso; en su lucha interna por vencer el miedo, apelan a conductas audaces e irreflexivas, y exponen a los que los acompañan a todos los peligros y a la muerte.

La prudencia es virtud de primer orden. Ella modera, maneja los miedos y, en el caso de los cobardes, ayuda a evitar el sacrificio propio o ajeno que atenúa el pánico. Prudencia se traduce de la palabra griega *frónesis*, y constituye, para Platón, virtud del alma racional, y elemento esencial, junto con la fortaleza y la templanza, de la justicia.

Aristóteles consideraba la prudencia como la capacidad para juzgar con discernimiento; habilidad del hombre virtuoso de disponer de los medios necesarios y adecuados para hacer el bien. Los estoicos fueron más sencillos: prudencia es el conocimiento de las cosas que hay que hacer y de lo que hay que evitar.

A 400 años del Quijote estamos escasos de hombres verdaderamente valientes en el mundo.

Hay un poco de absurdo y mucho de confusión -¿o al revés?- cuando se habla de valor y de prudencia. El valor casi siempre se presenta como aptitud física -la fuerza o facultad de compra -el dinero-, mientras la prudencia se considera miedo o, lo que en realidad ha llegado a ser: apatía hacia todo compromiso.

El gran dilema del hombre, como dirían los ensayistas españoles más versados en el Quijote, es que muchos llevan un Alonso Quijano adentro, y todavía hay quien se resiste a la fácil etiqueta de la locura.

La valentía del Quijote no estuvo en enfrentar al Caballero de la Blanca Luna y aceptar su derrota, sino en invocar a su amada, Dulcinea del Toboso, ante cada nuevo peligro; de ella pide amparo y fuerzas para fortalecer sus virtudes de caballero. Así parece decirnos Cervantes, por boca del Quijote desde hace cuatro siglos: No hay valentía sin una entrega por amor; no hay verdadero heroísmo sin una fe que lo respalde.

